

de agregársele, con lo cual ascendió su ejército á unos treinta y dos mil hombres, formó la vanguardia; la división polaca de Dombrowsky marchaba á la izquierda de la de Víctor, y la de Rusca apoyaba á las dos. Aunque todavía quedase atrás el grueso del ejército, formado por las divisiones Montrichard, Olivier y Watrín, estimulado Macdonald por el triunfo que acababa de obtener sobre Hohenzollern, quiso arrollar á Ott, que se hallaba en observación sobre el Tidone, y mandó á Víctor, Dombrowsky y Rusca marchasen contra él en el acto.

Tres torrentes que corren en sentido paralelo desde el Apenino al Po formaban el campo de batalla: eran el Nura, el Trebbia y el Tidone; el grueso del ejército francés se hallaba todavía en el Nura; las divisiones Víctor, Dombrowsky y Rusca avanzaban por el Trebbia, y tenían orden de franquear y marchar sobre el Tidone para batir á Ott, á quien Macdonald creía sin apoyo. Marcharon el 29 pradiar (17 de junio), y rechazando desde luego á la vanguardia del general Ott en la orilla del Tidone, obligáronle á tomar posición más atrás, hacia el pueblo de Sermet. Ott iba á ser derrotado; pero en aquel momento llegaba Suwarow en su auxilio con todas sus fuerzas. Destacó el general Bagration contra Víctor, que avanzaba á lo largo del Po; dirigió á Ott al centro sobre Dombrowsky y á Melas á la derecha contra la división Rusca. Bagration no estuvo al principio muy feliz contra Víctor, y se vió precisado á retroceder; pero en el centro mandó Suwarow cargar á la división de Dombrowsky por la infantería rusa, envió contra su flanco á dos regimientos de caballería y le desbarató, desde cuyo momento Víctor, que había avanzado hacia el Po, hallóse aislado y comprometido. Reforzado Bagration por los granaderos, volvió á tomar la ofensiva: la caballería rusa que había desordenado á los polacos en el centro, flanqueando así á Víctor, cargó por su lado y obligó á retirarse; mientras que Rusca en la derecha se vió entonces en la precisión de ceder el terreno á Melas.

Nuestras tres divisiones repasaron el Tidone, retrocediendo sobre Trebbia.

Esta primera jornada, en la que sólo había combatido una tercera parte del ejército contra todas las fuerzas enemigas, no había sido feliz: Macdonald, ignorando la llegada de Suwarow, se precipitó demasiado. Entonces resolvió situarse detrás del Trebbia, reunir todas sus divisiones y vengar el descalabro que acababa de sufrir; pero desgraciadamente, las divisiones Olivier, Montrichard y Watrín se hallaba aún en el Nura, y hubo de esperar hasta dos días después, 1.º mesidor (19 junio), para empeñar la batalla.

Suwarow, sin embargo, no le dejó tiempo para reunir sus fuerzas, y preparóse para atacarle al día siguiente, es decir, el 30 pradiar (18 junio). Los dos ejércitos iban á reunirse á lo largo del Trebbia, apoyando sus alas en el Po y en el Apenino. Suwarow, juzgando acertadamente que el punto esencial estaba en las montañas, por donde podrían comunicarse los dos ejércitos franceses, condujo por este lado su mejor infantería y caballería, dirigiendo á la división Bagration, que al principio estaba á su izquierda, á lo largo del Po, hacia su derecha y contra las montañas. Sitióle con la división Schweikofsky, y á las órdenes de Rosenberg y ordenóles á los dos que pasaran el Trebbia hacia Rivalta, en la parte supe-

rior de su curso, á fin de separar á los franceses de las montañas. Las divisiones Dombrowsky, Rusca y Víctor estaban situadas hacia este punto, á la izquierda de la línea de los franceses; las de Olivier y Montrichard debían venir á colocarse en el centro, á lo largo de Trebbia, y la de Watrín tenía orden de ocupar la derecha hacia el Po y Plasencia.

En la mañana del 30 pradiar (8 junio) las vanguardias rusas atacaron á las francesas que se hallaban al otro lado del Trebbia, en Casaliggio y Grignano, rechazándolas; y Macdonald, que no esperaba ser atacado, se ocupaba en alinear sus divisiones del centro. Víctor, que mandaba nuestra izquierda, dirigió al momento toda la infantería francesa más allá del Trebbia, poniendo en peligro por un momento á Suwarow; pero Rosenberg, llegando con la división Schweikofsky, restableció la ventaja, y después de un combate furioso, en el que las pérdidas fueron enormes por ambas partes, obligó á los franceses á retirarse detrás del Trebbia. Entretanto las divisiones Olivier y Montrichard llegaban al centro y la de Watrín á la derecha, rompiéndose el fuego de cañón en toda la línea. Después de cruzarse algunas balas, cesó la lucha de una parte y otra en las orillas del Trebbia, que separó á los dos ejércitos.

Tal fué la segunda jornada, reducida á un combate hacia nuestra izquierda, combate sangriento que no produjo resultado alguno. Disponiendo ya Macdonald de toda su gente, quería que fuese decisiva la tercera jornada, consistiendo su plan en franquear el Trebbia por todos sus puntos, para rebasar las dos alas del enemigo. Al efecto, la división Dombrowsky debía remontar el río hasta Rivalta, y pasarle por más allá de donde estaban los rusos; la de Watrín lo franquearía casi en su misma desembocadura en el Po, ganando la extrema izquierda de Suwarow; y confiaba al mismo tiempo en que Moreau, cuyo auxilio esperaba hacia dos días, entraría en acción también. Tal fué el plan para la jornada del 1.º mesidor (19 junio); pero durante la noche ocurrió una espantosa refriega. Habiendo atravesado un destacamento francés el lecho del Trebbia para tomar posición, los rusos se creyeron atacados y corrieron á las armas; los franceses hicieron lo mismo; y los dos ejércitos se mezclaron, empeñando un combate nocturno, en el que por ambas partes se mataban sin distinguir si eran amigos ó enemigos. Después de una inútil carnicería, los generales consiguieron al fin conducir á sus soldados al campamento; y al día siguiente los ejércitos estaban tan rendidos por tres días de combate y por el desorden de la noche, que no entraron en acción hasta á eso de las diez de la mañana.

La batalla comenzó en nuestra izquierda en el alto Trebbia. Atravesóle Dombrowsky por Rivalta, á despecho de los rusos, enviando Suwarow á aquel punto al príncipe Bagration, cuyo movimiento dejó desamparados los flancos de Rosenberg, aprovechándose inmediatamente Víctor y Rusca para arrojarse sobre él al pasar el Trebbia. Avanzaron con buen éxito, arrojando por todas partes á la división Schweikofsky, en la que se hallaba Suwarow, y la pusieron en grave peligro, pero hizo frente por todas partes y defendióse valerosamente. Bagration, viendo el peligro, se concentró con rapidez en el punto amenazado, obligando á Víctor y Rusca á soltar su presa. Si Dombrowsky, aprovechando

el momento, hubiera hecho lo mismo con Bagration, la ventaja habría quedado por nosotros en este punto, que era el más importante, por tocar en las montañas; pero desgraciadamente no se movió, y Víctor y Rusca hubieron de replegarse sobre el Trebbia. Montrichard había pasado el río por el centro, hacia Gignano; Olivier le franqueó por cerca de San Nicolo, y Montrichard marchaba contra el cuerpo de Förster, cuando las reservas austriacas que Suwarow había pedido á Melas y que desfilaron por detrás del campo de batalla chocaron inesperadamente con los flancos de su división; y viéndose sorprendida la 5.ª media brigada ligera, que había hecho prodigios en cien batallas, huyó en desorden. Montrichard se vió obligado á reparar el Trebbia; Olivier, que había avanzado con éxito hacia San Nicolo, rechazando vigorosamente á Ott y Melas, hallóse en descubierta por la retirada de Montrichard. Entonces dió Melas contraorden á las reservas austriacas, cuya presencia había introducido la confusión en la división Montrichard, dirigiéndola á la de Olivier, y éste hubo de reparar forzosamente el Trebbia. Entretanto la división Watrín, conducida inútilmente á la extrema derecha, donde nada tenía que hacer, avanzaba á lo largo del Po sin servir de auxilio al ejército; y hasta hubo de reparar el Trebbia para seguir el movimiento general de retirada. Suwarow, temiendo siempre ver á Moreau avanzar por su espalda, hizo grandes esfuerzos el restó del día para pasar dicho río; mas no pudo efectuarlo, pues los franceses opusieron en toda la línea una firmeza invencible: aquel torrente, testigo de una lucha tan encarnizada, separó por tercera vez á los dos ejércitos enemigos.

Tal fué el tercer acto de aquella sangrienta batalla: los dos ejércitos estaban desorganizados, y habían perdido unos doce mil hombres cada cual, y los más de los generales estaban heridos, habiendo sido aniquilados regimientos enteros. Sin embargo, la situación era muy distinta, pues Suwarow recibía diariamente refuerzos, y obtenía ventaja prolongando la lucha; mientras Macdonald, por el contrario, había agotado todos sus recursos, y si se obstinaba en combatir, podía ser arrojado en desorden á Toscana. En su consecuencia pensó en retirarse al Nura, para llegar á Génova por detrás del Apenino. Abandonó el Trebbia en la mañana del 2 mesidor (20 junio); y habiendo caído en manos de Suwarow un parte en que manifestaba á Moreau su desesperada situación, el general ruso, lleno de alegría, apresuróse á perseguir á los franceses sin descanso. La retirada se hizo con bastante orden por las orillas del Nura; pero desgraciadamente, la división Víctor, que empeñaba hacia cuatro días continuos combates, fué derrotada al fin, dejando muchos prisioneros en poder del enemigo. Macdonald tuvo, sin embargo, tiempo de reunir el ejército más allá del Apenino, después de perder catorce ó quince mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Felizmente al oír Suwarow los cañones de Moreau á sus espaldas, dejó de perseguir á Macdonald. Insuperables obstáculos habían impedido á Moreau ponerse en movimiento antes del 30 pradiar (18 junio), y al fin pudo salir de Novi, y atacar á Bellegarde, á quien derrotó cogiéndole tres mil prisioneros. Esta ventaja tardía era inútil, y no tuvo más resultado que distraer á Suwarow, impidiéndole que se encarnizase con Macdonald.

Esta reunión, de la cual se esperaban tan grandes resultados, produjo, pues, una sangrienta derrota, suscitando entre los dos generales franceses contestaciones que nunca se han aclarado bien. Los militares culpáron á Macdonald por haber permanecido demasiado tiempo en Toscana, haciendo marchar á sus divisiones muy separadas unas de otras, lo cual dió lugar á que las de Víctor, Rusca y Dombrowsky fueran batidas dos días seguidos, antes que estuvieran en línea las de Montrichard, Olivier y Watrín. Censurábanle además por haber tratado de rebasar las dos alas del enemigo el día de la batalla, en vez de dirigir su principal esfuerzo por su izquierda, hacia el alto Trebbia; por haberse alejado con exceso de las montañas, de modo que no pudiera ir en su auxilio Lapoype, quien se hallaba en Bobbio; y últimamente, sobre todo, por haberse precipitado á empeñar la batalla, cual si quisiera obtener para sí solo el honor de la victoria. Aprobando el plan sabiamente combinado por Moreau, los militares le han reprobado no obstante una cosa, y es el no haber prescindido de toda consideración con un compañero encargándose del mando directo de ambos ejércitos, y sobre todo, de no haber mandado personalmente en Trebbia.

Sean ó no justos estos cargos, lo cierto es que el plan de Moreau, puesto en ejecución tal como lo había concebido, hubiera salvado á Italia, la cual se perdió completamente por la batalla del Trebbia. Por fortuna estaba allí todavía Moreau para recoger los restos del ejército é impedir á Suwarow aprovecharse de su inmensa superioridad. Hacía sólo tres meses que había comenzado la campaña, y excepto en Suiza, habíamos sufrido reveses en todas partes. La batalla de Stokach nos hizo perder la Alemania; las de Magnano y el Trebbia nos arrebataron la Italia. Sólo Massena, firme como una roca, ocupaba todavía la Suiza, á lo largo de la cadena del Albis. No debe olvidarse, sin embargo, en medio de tan crueles reveses, que el valor de nuestros soldados había sido inalterable y tan brillante como en los mejores días de nuestras victorias, y que Moreau fué á la vez gran ciudadano y gran capitán impidiendo que Suwarow aniquilase de un solo golpe nuestros ejércitos de Italia.

Estas últimas desgracias proporcionaron nuevas armas á los enemigos del Directorio, que redoblaron contra él las inyectivas, comenzando á inquietar los ánimos el temor de la invasión. Los departamentos del Mediodía y de los Alpes, los primeros expuestos á la invasión de los austro-rusos, se hallaban poseídos de una extrema agitación; las ciudades de Chambery, de Grenoble y de Orange enviaron al cuerpo legislativo mensajes que produjeron una impresión profunda: contenían los injustos cargos repetidos hacía dos meses por todas las bocas, volviéndose á tratar de nuevo del saqueo de los países conquistados, de las dilapidaciones de las compañías, de la penuria de los ejércitos, del ministerio de Scherer, de su mando como general, de la injusticia hecha á Moreau y del arresto de Championnet, etc. «¿Por qué, decían, se han visto obligados los quintos fieles á volver á sus hogares por la escasez en que se les dejaba? ¿Por qué han quedado impunes todas las dilapidaciones? ¿Por qué el inepto Scherer, señalado como traidor por Hoche, continuó tanto tiempo en el minis-

terio de la Guerra? ¿Por qué ha podido consumir como general los males que preparó como ministro? ¿Por qué se han reemplazado con nombres desconocidos los que eran caros á la victoria? ¿Por qué se halla procesado el vencedor de Roma y de Nápoles?..»

Ya se ha podido apreciar el valor de estos cargos; pero los mensajes que los contenían obtuvieron los honores de la impresión y de ser remitidos al Directorio: esta manera de acogerlos probaba suficientemente las disposiciones de ambos Consejos, que no podían ser peores. La oposición constitucional se había unido con la patriota; la una, compuesta de ambiciosos que querían un nuevo gobierno y de orgullosos que se quejaban de que no se habían acogido debidamente sus dictámenes y recomendaciones; la otra, de patriotas excluidos por las escisiones del cuerpo legislativo ó reducidos al silencio por la ley del 19 fructidor; pero una y otra pretendían la ruina del gobierno existente. Decían que el Directorio había gobernado y defendido mal á Francia, infringiendo la libertad de las elecciones, y coartando la de imprenta y sociedades populares. Declarábanle por lo tanto débil y tirano, atreviéndose á mencionar el 18 fructidor, diciendo que no habiéndose respetado las leyes en aquel día, no se podía invocarlas favorablemente.

Uno de los principales motivos de aquellas disposiciones era el nombramiento de Sieyes para el Directorio. Colocar en él á un hombre que no había cesado de desaprobado la constitución directorial, era anunciar en cierto modo que se deseaba una revolución; y el haber aceptado Sieyes el cargo, cuando se dudaba que lo admitiese en vista de las anteriores renunciaciones, sólo sirvió para confirmar estas conjeturas.

Todos los demás descontentos que anhelaban mudanzas acudieron á Sieyes, que á la verdad no era muy diestro para jefe de partido, pues ni tenía el carácter flexible y audaz, ni aun la ambición que se requiere al efecto, pero atraía á todo el mundo con su celebridad. Sabían que no hallaba cosa buena ni en la Constitución ni en el gobierno, y le estrechaban por todas partes como para incitarle á alterarlo todo. Barras, que había sabido guardar su amistad con todo el mundo, á pesar de su antiguo cargo de director, sosteniendo relaciones é intrigas con todos los partidos, se unió con Sieyes y logró merecer su afecto, vendiendo bajamente á sus compañeros. Todos los enemigos del Directorio se agrupaban alrededor de estos dos hombres. Este partido había tratado de buscar apoyo en un joven general que gozase de reputación y que como tantos otros pasase por una víctima del gobierno, por lo cual se decidieron en favor de Joubert, en quien fundaban grandes esperanzas y que se hallaba cesante desde que hizo su dimisión. Entonces iba á emparentar con Mr. de Semonville, porque estaba para casarse con una señorita de Montholon, y le presentaron á Sieyes, el cual le hizo nombrar general de la 17.<sup>a</sup> división militar, que era la de París, y procuraron hacerle jefe de la nueva liga.

No se pensaba aún en mudanzas, sino que querían apoderarse primero del gobierno y salvar después de una invasión á Francia, dejando los proyectos de Constitución para cuando hubiese cesado todo peligro. Lo primero á que debía aspirarse era á la separación de los individuos del antiguo Directorio. Sieyes no hacía más

que quince días que entró en él, pues le nombraron en 1.<sup>o</sup> pradial en reemplazo de Rewbell. Barras se había salvado, como hemos visto, de la tormenta; de suerte que toda la ojeriza era contra Larevelliere, Merlin y Treilhard, inocentes los tres de los cargos que se hacían al gobierno.

Estos tenían la mayoría porque eran tres, pero querían imposibilitarles en el uso de su autoridad. Resolvieron guardar la mayor consideración á Sieyes y disimularle hasta su genio para no agregar á las dificultades de su posición las que podrían producir enemistades personales; pero Sieyes era intratable; todo lo hallaba malo, y en esto procedía de buena fe; sólo que se explicaba de manera que probaba no querer entenderse con sus colegas para remediar el mal. Infatuado con lo que había visto en el país donde estuvo, no cesaba de decirles: «Eso no se hace así en Prusia. — Enseñadnos, pues, le contestaban sus colegas, cómo se hace, en Prusia; ilustradnos con vuestros consejos; ayudadnos á practicar el bien.—No me entenderéis, replicaba Sieyes; y por lo tanto es inútil que os hable; obrad según tenéis por costumbre.»

Mientras que en el seno del Directorio se declaraba la incompatibilidad entre la mayoría y la minoría, sucedíanse los más vivos ataques por fuera. Ya estaba entablada la polémica sobre la hacienda: la escasez, según se ha dicho, provenía de dos causas; la lentitud en los ingresos y el déficit en los productos supuestos. De los cuatrocientos millones librados ya por gastos hechos, apenas se habían recibido doscientos diez; el déficit en la evaluación de los productos se elevaba, según Ramel, á sesenta y siete y hasta á setenta y cinco millones; y como se ponía en duda este déficit, dió un formal mentís al diputado Genissieux en el *Monitor*, probando lo que había dicho. Pero ¿de qué sirve probar en ciertos momentos? No se agobió menos con invectivas al ministro y al gobierno; no dejó de repetirse que arruinaban al Estado, y que pedían de continuo más fondos para facilitar nuevas dilapidaciones. Sin embargo, la fuerza de la evidencia obligó á conceder nuevos arbitrios: habíase negado el impuesto sobre la sal, y para suplirle, agregóse un décimo por franco en todas las contribuciones, duplicándose de nuevo la de puertas y ventanas; mas era poco decretar impuestos; era preciso asegurar su ingreso por medio de diversas leyes relativas á su reparto y recaudación, las cuales no se habían dado. El ministro instaba para que se discutieran; pero aplazábase el debate de continuo, y respondían á sus instancias con los gritos de traición, robo, etc.

Además de esta cuestión sobre hacienda, suscitóse otra con motivo de ciertas reclamaciones sobre varios artículos de la ley del 19 fructidor, que permitían al Directorio cerrar los clubs y suprimir los periódicos por medio de un simple decreto. Se había encargado un proyecto de ley sobre la imprenta y las sociedades particulares para modificar la del 19 fructidor y privar al Directorio del arbitrario poder que se había abrogado. Pronunciábanse también contra la facultad que daba esta ley al Directorio para desterrar, según le pareciese, á los clérigos sospechosos y suprimir á los emigrados de la lista. Los mismos patriotas parecían querer arrebatarse esta dictadura, funesta sólo para sus adversarios. Comenzóse por la discusión sobre la imprenta y las so-

ciudades populares: el primer proyecto era obra de Berlier, y el debate comenzó en los últimos días de pradial (mediados de junio).

Los partidarios del Directorio, entre los cuales se distinguían Chenier, Bailleul, Creuzé-Latouche y Lecointre-Puyraveau, sostenían que la dictadura que le fué concedida por la ley del 19 fructidor, aunque temible en tiempo normal, era de la más indispensable necesidad en aquella circunstancia. Decían que en un momento de gran peligro no debían disminuirse las fuerzas del gobierno; la dictadura que se le había conferido al día siguiente del 18 fructidor había llegado á ser necesaria, no contra la facción realista, sino contra la anárquica, no menos temible que la primera, y secretamente aliada con ella. Los discípulos de Babœuf, añadían, se presentaban por todas partes, amenazando á la república con una nueva invasión.

Los patriotas, que pululaban en el Consejo de los Quinientos, respondían con su acostumbrada vehemencia á los discursos de los partidarios del Directorio. Era preciso, decían, producir una nueva conmoción en Francia, y devolverle la energía de 1793, reprimida completamente por el Directorio que la agobiaba con su yugo. Todo patriotismo iba á extinguirse si no se abrían los clubs, devolviendo la palabra á los diarios patrióticos. En vano se acusa á los patriotas, decían, en vano se aparenta temer un desbordamiento de su parte. ¿Qué han hecho estos patriotas tan acusados? Tres años ha que mueren asesinados, proscritos y sin patria, en la república que contribuyeron poderosamente á fundar y que han defendido. ¿De qué crímenes tenéis que acusarles? ¿Han procedido contra los reactores? No. Ciertamente son exagerados y turbulentos; pero ¿ha de considerarse esto como un crimen? Hablan y hasta gritan, si se quiere; pero no asesinan, y en cambio ellos mueren asesinados diariamente. Tal era el lenguaje de Briot del Doubs, del corso Arena y de otros muchos.

Los individuos de la oposición constitucional se expresaban de otro modo; eran naturalmente moderados, y hablaban con mesura, pero amarga y dogmáticamente. Según ellos, era preciso adoptar de nuevo principios desatendidos, devolviendo la libertad á la prensa y á las sociedades populares. Los peligros de fructidor pudieron conferir muy bien una dictadura momentánea al Directorio; pero ¿cómo se había usado de esta confianza? Boulay del Meurthe dijo que bastaba interrogar á los partidos, pues aunque tuvieran todos miras diferentes, realistas, patriotas y constitucionales estaban de acuerdo para declarar que el Directorio había usado mal de su omnipotencia. Un acuerdo, tan unánime en hombres tan opuestos en ideas y opiniones, no podía dejar la menor duda, y el Directorio quedaba condenado.

Así, pues, los patriotas, irritados, se quejaban de la opresión, y los constitucionales, llenos de pretensiones, del mal gobierno; reuniéronse todos é hicieron derogar los artículos de la ley del 19 fructidor, relativos á los periódicos y á las sociedades populares. Esto era una victoria importante, que iba á producir un desencadenamiento en la prensa y la unión de todos los jacobinos.

La agitación iba en aumento hacia los últimos días de pradial, y circulaban por todas partes los más si-

niestros rumores. La nueva coalición resolvió valerse de los medios que emplean las oposiciones en los gobiernos representativos para obligar al ministerio á retirarse. Cuestiones embarazosas y reiteradas, amenazas de acusación, todo, en fin, se puso en juego; y estos medios son tan naturales, que sin la práctica del gobierno representativo, basta el instinto de los partidos para descubrirlos en el acto.

Las comisiones de gastos, de fondos y de guerra, establecidas en los Quinientos, se reunieron para ventilar todos estos puntos, y acordaron enviar un mensaje al Directorio encargando á Boulay del Meurthe que le redactase, presentándolo en efecto el 15 pradial. El Consejo de los Quinientos dirigió, según su proposición, al Directorio un mensaje en que pedía se le manifestasen las causas de los peligros interiores y exteriores que amenazaban á la república y los medios que existían para remediarlos.

Semejantes exigencias no producen otro efecto que el de arrancar desengaños y comprometer más al gobierno de quien se solicitan, porque repetimos que un gobierno debe ser superior á todo; y cuando se le precisa á decir que no ha triunfado, es lo mismo que obligarle á hacer la revelación más funesta.

Adjuntas á este mensaje iban varias proposiciones de orden que tenían un objeto análogo, porque eran relativas al derecho de formar sociedades populares, á la libertad individual, á la responsabilidad de los ministros, á la publicidad de las cuentas, etc.

El Directorio, al recibir el mensaje referido, resolvió dar una respuesta circunstanciada, en la que manifestando todos los acontecimientos, se expusieran los medios empleados y los que se proponía emplear aún para librar á Francia de la crisis en que se hallaba. Una respuesta como esta exigía la concurrencia de todos los ministros para que cada uno pudiese dar su informe. Necesitábanse además bastantes días para redactarla, que era lo que no convenía á los corifeos de los Consejos, pues no querían un estado exacto y fiel de Francia, sino declaraciones rápidas y confusas. Así, después de haber esperado algunos días las tres comisiones que propusieron el mensaje, presentaron en los Quinientos una nueva proposición por medio del diputado Poulain Grand-Pré el 28 pradial (16 de junio). El informante propuso á los Quinientos que se declarasen en sesión permanente hasta que el Directorio respondiera al mensaje del 15, y se adoptó la proposición. Con esto se daba el grito de alarma y anunciaba un próximo acontecimiento.

Los Quinientos comunicaron á los Ancianos su determinación, obligándoles á seguir su ejemplo, que en efecto imitaron, quedando asimismo en sesión permanente. Siendo muy numerosas las tres comisiones de los gastos, fondos y guerra, se redujeron á una sola, compuesta de once individuos y encargada de proponer las medidas que exigían las circunstancias.

El Directorio respondióles que también él iba á constituirse en sesión permanente para activar el informe que se le pedía, y se infiere la agitación que debiera producir una determinación semejante. Se hacían circular, como era de costumbre, los más siniestros rumores, y los enemigos del Directorio decían que éste meditaba un nuevo golpe de Estado y que trataba de

disolver los Consejos. Sus secuaces, por el contrario, propalaban que había una coalición entre los dos partidos para derribar violentamente la Constitución; pero en nada de esto se había pensado por una ni otra parte. La liga de las dos opiniones quería únicamente que hiciesen dimisión los tres antiguos directores, y al efecto se imaginó un medio. La Constitución exigía que entre la legislatura y el cargo de director mediase un año cumplido. Observóse que Treilhard, el cual era director hacía tres meses, salió de la legislatura el 30 floreal del año V y fué nombrado para el Directorio el 26 del mismo mes del año VI, faltándole por consiguiente cuatro días para el término prescrito; pero esto era un subterfugio, porque semejante irregularidad quedaba salvada con el silencio de dos legisladores; además de que el mismo Sieyes se hallaba en igual caso. Inmediatamente la comisión de los once propuso anular el nombramiento de Treilhard, como así se verificó el mismo día 28, comunicándose al Directorio.

Era Treilhard un hombre adusto, mas no tenía una firmeza correspondiente á la rudeza de su carácter, y estaba dispuesto á ceder; pero Larevelliere tenía distintas cualidades. Este hombre, íntegro y desinteresado, á quien era gravoso su cargo, que lo había aceptado sólo por deber y que todos los años anhelaba que la suerte le volviese á su retiro, no quería abandonar su puesto desde que las facciones coligadas parecían exigirle. Figurábase que el expulsar á los antiguos directores era por abolir la Constitución del año III, y que Sieyes, Barras y la familia de Bonaparte caminaban á un mismo fin con diferentes miras, aunque funestas todas á la república.

En esta persuasión no quería que los antiguos directores abandonasen sus puestos, y acudió á casa de Treilhard para aconsejarle que opusiese resistencia, diciéndole: «Formáis la mayoría, con Merlin y conmigo, y nos opondremos á que se lleve á efecto esa resolución del cuerpo legislativo, como ilegal, sediciosa y dictada por una facción»; mas Treilhard no quiso seguir este consejo y envió inmediatamente su dimisión á los Quinientos.

Viendo Larevelliere perdida la mayoría, no por eso pensó en dar su dimisión si se la pedían. Los corifeos de los Quinientos resolvieron dar inmediatamente á Treilhard un sucesor, y aunque Sieyes hubiera deseado nombrar á una persona de su confianza, no pudo tener influjo, y eligieron á un antiguo abogado de Rennes, presidente á la sazón del tribunal supremo y conocido más bien como individuo de la oposición patriota que de la constitucional. Éste era Gohier, ciudadano de probidad y amante de la república, pero de poca capacidad y falta del conocimiento de los hombres y de los negocios. Quedó nombrado el 29 pradiar, debiendo tomar posesión al siguiente día.

Mas no bastaba con la exclusión de Treilhard, sino que quería expulsarse del Directorio á Larevelliere y Merlin, estando sobre todo los patriotas muy furiosos contra el primero, pues recordaban que, á pesar de haber sido regicida, no fué nunca de la Montaña, que más de una vez se había declarado en pugna contra su partido después del 9 termidor y que el año antes había dado impulso al sistema de las escisiones. Por consiguiente, amenazaron con acusarle, así como á Merlin,

si no presentaban ambos su dimisión, y se encargó á Sieyes dar el primer paso para que cediesen espontáneamente.

El 29 por la tarde, que fué el de la salida de Treilhard, Sieyes propuso una reunión particular de los cuatro directores en casa de Merlin, á la que acudieron en efecto, presentándose Barras, como si hubiese algún peligro, con su sable al lado, pero sin desplegar los labios. Sieyes, algo turbado, tomó la palabra, é hizo una prolífica digresión sobre los desaciertos del gobierno, divagando mucho tiempo, hasta que se suscitó el verdadero objeto de la reunión. Al fin Larevelliere le obligó á explicarse con más claridad. «Vuestros amigos y los de Mr. Merlin, respondió Sieyes, os instan á presentar la dimisión.» Entonces Larevelliere preguntó que quiénes eran estos amigos; mas Sieyes no pudo citar á ninguno que mereciese confianza, visto lo cual hablóle Larevelliere con el tono de un hombre irritado, al contemplar vendido al Directorio por sus mismos individuos, que le entregaban á las maquinaciones de los facciosos. Probó que su conducta y la de sus colegas había sido hasta entonces irreprochable, y que los desaciertos que les imputaban eran únicamente un tejido de calumnias; luego atacó directamente á Sieyes sobre ocultos proyectos, dejándole en la mayor confusión con sus vehementes apóstrofes. Barras entretanto guardaba el más profundo silencio, siendo ciertamente muy crítica su posición, porque él era el único que merecía todos los cargos que se hacían á sus colegas, y pedirles la dimisión por faltas que ellos no habían cometido, sino que estaban en él, era asunto muy delicado. Callóse, pues, y se separaron sin haber logrado nada, diciendo únicamente Merlin que seguiría el ejemplo de Larevelliere.

Barras ideó valerse de un tercero para lograr la dimisión de sus dos colegas, sirviéndose de un antiguo girondino, llamado Bergoing, á quien la afición á los placeres había introducido en su tertulia.

Encargóle que vitase á Larevelliere y le decidiese á dejar su cargo, como así lo verificó aquél en la noche del 29 al 30, y se valió de la antigua amistad que los unía, empleando todos los medios para decidirle, asegurándole que Barras le apreciaba y honraba, mirando como injusta su separación; pero que le suplicaba cediese para no exponerse á los peligros de una tormenta. Larevelliere no cedió, sin embargo, respondiendo que Sieyes engañaba á Barras, Barras á Sieyes, y que ambos lo serían por los Bonapartes; que se deseaba la ruina de la república, pero que él opondría resistencia hasta el último momento.

Al siguiente día, 30, Gohier debía ser instalado, y habiéndose reunido los cuatro directores y todos los ministros, no bien se concluyó la instalación, pronunciaron sus discursos el presidente y el nuevo director, y se suscitó de nuevo el asunto de la víspera. Barras pidió hablar particularmente á Larevelliere, y pasando ambos á un salón inmediato, renovó aquél las mismas instancias y obsequios á su colega, hallándole tan firme como antes. Volvió á entrar bastante avergonzado por no haber conseguido nada, y temiendo siempre la discusión de los actos del antiguo Directorio, que no podía serle favorable. Tomó entonces la palabra con despecho, y no atreviéndose á impugnar á Larevelliere, se desató

contra Merlin, á quien detestaba, presentándole como una especie de perdonavida que meditaba con una pandilla de valentones un golpe de Estado contra sus colegas y los Consejos. Larevelliere, que salió á la defensa de Merlin, tomó al punto la palabra, demostrando lo absurdo de semejantes imputaciones. En nada se parecía efectivamente el retrato al jurisconsulto Merlin. Larevelliere trazó entonces la historia de toda la administración del Directorio, haciéndolo circunstanciadamente, para instruir á los ministros y al nuevo director. Barras se hallaba en una cruel incertidumbre; hasta que levantándose por fin, dijo: «¡Pues bien: las espadas están desenvainadas!—Miserable, le respondió Larevelliere con la mayor firmeza, ¿qué hablas tú de espadas? Aquí no hay más que cuchillos que amagan á unos hombres irreprochables, á quienes queréis degollar porque no podéis arrastrarles á una vileza.»

Gohier quiso entonces servir de mediador, pero no pudo adelantar nada; y habiéndose reunido varios individuos de los Quinientos y de los Ancianos, fueron á suplicar á los directores que cediesen, prometiéndoles que no se entablaría contra ellos acusación alguna; pero Larevelliere respondió con valor que él no admitía gracia de ninguna especie, y que le acusasen, que ya sabría responder.

Los diputados se volvieron á sus Consejos, produciendo nueva alteración con la noticia de lo que había pasado. Boulay del Meurthe denunció á Larevelliere, y aunque confesó su integridad, le atribuyó muy inoportunamente proyectos de una nueva religión, hablando mucho de su tenacidad, que según él, iba á ser causa de la pérdida de la república. Los patriotas se pronunciaron con más violencia que nunca, y dijeron que ya que seguían obstinándose, no debía guardarse consideración alguna con los directores.

Extraordinaria era la agitación, y una vez empeñada la lucha, no se podían prever los resultados. Muchos moderados de los dos Consejos se reunieron, diciendo que para evitar mayores males debían ir á suplicar á Larevelliere que cediese á tan deshecha tormenta, pa-

sando en efecto á verle en la noche del 30, y le rogaron en atención á los riesgos que á la república amenazaban que hiciese dimisión. Dijéronle que todos estaban expuestos á graves peligros, y que si se obstinaba en su idea, no sabían hasta qué punto llegaría el furor de los partidos. «Pero ¿no conocéis, le respondió Larevelliere, que la república corre otros riesgos mayores? ¿No veis que no es contra nosotros, sino contra la Constitución á quien se dirige el golpe, y que si se cede hoy, habrá que ceder mañana y siempre, y que nuestra debilidad ocasionará la ruina de la república? Yo desempeño con repugnancia este cargo, y si me obstino en conservarle ahora, es porque creo que debe oponerse una barrera insuperable á las maquinaciones de los partidos. Sin embargo, si creéis todos que mi resistencia os compromete, dispuesto estoy á ceder; pero os declaro que se pierde la república. Un hombre solo no puede salvarla, y así cedo porque me veo aislado, y os entrego mi dimisión.»

En efecto, aquella misma noche la envió acompañándola de una carta sencilla y noble en que expresaba sus motivos. Merlin le pidió que le dejase copiarla, y fueron enviadas al mismo tiempo ambas dimisiones. De esta manera quedó disuelto el antiguo Directorio, habiéndose reunido todas las facciones para derrocarlo, haciendo comunes todos sus resentimientos. Sólo era culpable de una falta, de ser más débil que ellas; falta grave en verdad, y que justifica la caída de un gobierno.

A pesar del desencantamiento general, Larevelliere conservó la estimación de todos los ciudadanos ilustrados, y no quiso recibir, al dejar el Directorio, los cien mil francos que sus colegas habían convenido en dar al director saliente. Tampoco quiso admitir la parte que le correspondía por la retención de sus sueldos, ni tomó el carruaje que se acostumbraba dejar al director que cesaba, sino que se retiró á Andilly, á una casita que poseía, y en ella recibió las visitas de todos los hombres distinguidos á quienes no intimidaba el furor de los partidos. Uno de los que le visitaron en su retiro fué el ministro Talleyrand.